

HILOS DEL DESEO: LA MÍSTICA DE UN CUERPO TEJIDO POR EL OTRO

FERNANDO LAPUENTE GARCÍA

Doctor en Psicología por la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Maestría en Psicoterapia de las Adicciones y Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica, por el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES). Licenciado en Psicología por la Universidad Marista de San Luis Potosí (UMASLP). Actualmente es académico en esta misma Universidad. Psicoterapeuta.

Recepción: 03 diciembre 2024/ Aceptación: 26 mayo 2025

RESUMEN

Este estudio explora, desde un enfoque psicoanalítico, la singular experiencia mística de Concepción Cabrera de Armida, conocida como Conchita, para desentrañar la compleja urdimbre de su deseo, su goce y la inscripción de su cuerpo como escenario de encuentro con el Otro. Se emplea una metodología hermenéutica que pone en diálogo sus escritos más íntimos, como la “Cuenta de Conciencia” y “Vida”, con el contexto histórico-cultural que la enmarca, iluminando su experiencia a través de las teorías de Freud, Lacan, De Certeau, Winnicott y Bleichmar. Se analiza cómo Conchita transfigura los elementos religiosos en un discurso singular, donde su cuerpo se convierte en un texto vivo, un espacio donde se inscribe lo simbólico y se expresa un goce que, incluso a través del sufrimiento y una ascesis reinterpretada, revela una dimensión femenina única. Los resultados destacan que su experiencia mística se despliega como un acontecimiento paradójico: la falta estructural adviene como potencia desiderativa, el cuerpo se erige como lenguaje de lo inefable y emerge un goce femenino singular que se articula en la entrega absoluta a una alteridad radical. Se concluye que la subjetivación de Conchita se despliega como un trabajo psíquico que, al investir la relación con el Otro, permite metabolizar su falta constitutiva, tejiendo un vínculo entre lo humano y lo divino que trasciende las palabras.

PALABRAS CLAVE: cuerpo, deseo, goce, mística, psicoanálisis.

SUMMARY

This study explores, through a psychoanalytic lens, the singular mystical experience of Concepción Cabrera de Armida, known as Conchita, to unravel the intricate weave of her desire, her jouissance, and the inscription of her body as a site of encounter with the Other. A hermeneutic methodology is employed, bringing her most intimate writings—such as “Cuenta de Conciencia” and “Vida”—into dialogue with the historical-cultural context that shapes her, while illuminating her experience through the theories of Freud, Lacan, De Certeau, Winnicott, and Bleichmar. The analysis examines how Conchita transfigures religious elements into a singular discourse, where her body becomes a living text, a space where the symbolic is inscribed and a jouissance is expressed that, even amidst suffering and a reimagined asceticism, reveals a unique feminine dimension. The findings highlight that her mystical experience traces a paradoxical path: the structural lack transforms into a desiring potency, the body emerges as a language of the ineffable, and a singular feminine jouissance arises, articulated through absolute surrender to a radical alterity. It is concluded that Conchita’s subjectivation unfolds as a process that, by engaging with the Other, enables the elaboration of her constitutive lack, weaving a bond between the human and the divine that transcends words.

KEYWORDS: psychoanalysis, mysticism, enjoyment, body, desire.

RÉSUMÉ

Cette étude explore, à travers une perspective psychanalytique, l’expérience mystique singulière de Concepción Cabrera de Armida, surnommée Conchita, afin de démêler l’entrelacement complexe de son désir, de sa jouissance et de l’inscription de son corps comme lieu de rencontre avec l’Autre. Une méthodologie herméneutique est adoptée, mettant en dialogue ses écrits les plus intimes — tels que « Cuenta de Conciencia » et « Vida » — avec le contexte historique et culturel qui la façonne, tout en éclairant son

expérience à la lumière des théories de Freud, Lacan, De Certeau, Winnicott et Bleichmar. L'analyse interroge la manière dont Conchita transfigure les éléments religieux en un discours singulier, où son corps devient un texte vivant, un espace où s'écrit le symbolique et s'exprime une jouissance qui, même au cœur de la souffrance et d'une ascèse réinventée, révèle une dimension féminine unique. Les résultats mettent en évidence que son expérience mystique trace un chemin paradoxal : le manque structurel se mue en une puissance désirante, le corps se constitue comme langage de l'indicible et une jouissance féminine singulière émerge, articulée par un don total à une altérité radicale. Il est conclu que la subjectivation de Conchita se déploie comme un processus qui, en s'inscrivant dans la relation à l'Autre, permet d'élaborer son manque constitutif, tissant un lien entre l'humain et le divin qui transcende les mots.

MOTS-CLÉS : psychanalyse, mysticisme, jouissance, corps et désir.

HILOS DEL DESEO: LA MÍSTICA DE UN CUERPO TEJIDO POR EL OTRO

“Jouir a cette propriété fondamentale que ce soit, somme toute, le corps de l'un qui jouisse d'une partie du corps de l'Autre. Mais cette partie jouit aussi, ce qui plaît plus ou moins à l'Autre, mais le fait est que ça ne le laisse pas indifférent.”

Jacques Lacan,
Le Séminaire, Livre XX: Encore,
1975, p. 33.

INTRODUCCIÓN

La función del psicoanálisis radica en su capacidad para aproximarse al sujeto, no con el propósito de reconstruir un pasado estático, sino para discernir las huellas que, a través del discurso, testimonian la posibilidad de historizar, de resignificar el contexto inmediato mediante narrativas que confieren sentido y proyección a la existencia. Desde sus fundamentos, el psicoanálisis se ocupa de elucidar los procesos inconscientes que motorizan al sujeto, entrelazados con su experiencia como apertura al por-venir, el lenguaje y la cultura [1].

En el caso de Concepción Cabrera de Armida, el cuerpo trasciende su dimensión biológica para constituirse como un ámbito de experiencia simbólica. A través de este cuerpo se revela la profundidad del lenguaje, sonidos, palabras, lugares, nombres, como vectores que dotan de significación a lo expresado. En dicho marco emerge el encuentro con el Otro, entendido como lo absoluto que se intuye, pero permanece inalcanzable en su totalidad, configurando así una experiencia de singularidad [2].

Esta vivencia se despliega como un modo singular de aprehender el mundo, marcado por una alteridad que se distancia de las normas establecidas. En este proceso, el cuerpo se erige como espacio de subversión y manifestación, constituyendo un lenguaje singular que trasciende la mera designación para exponer una necesidad imperiosa de transmitir un mensaje que excede los límites de lo nombrable [3].

DESARROLLO

Concepción Cabrera de Armida, mexicana y madre, nació en 1862 en San Luis Potosí y falleció en 1937 en la Ciudad de México, a los 74 años. Su experiencia espiritual constituye el eje de su existencia, inseparable del contexto religioso que la enmarca y que ella, simultáneamente, transforma mediante un discurso singular. Este discurso se despliega como una constelación de huellas que permiten entrever aspectos de su vivencia, en la cual el cuerpo, impregnado por un deseo de entrega absoluta, se convierte en el medio de un proceso de subjetivación donde se concibe como donación; una apertura radical al Otro desde su condición vulnerable y plenamente humana. Abordar la figura de Conchita, como la nombraban sus allegados, entraña una complejidad inherente: autora de 78 tomos de “Cuenta de Conciencia”, práctica realizada bajo la guía de su director espiritual; madre de nueve hijos, cinco varones y cuatro mujeres, e impulsora de la Espiritualidad de la Cruz, fundamento de diversas órdenes religiosas. Sin embargo, más allá de sus roles y realizaciones, su análisis convoca a explorar la intimidad de su experiencia, donde el deseo de disolverse en su relación con Jesús, su Amado, emerge como el núcleo de su ser [4].

El contexto en el que vivía es básico para entender su experiencia, una sociedad mexicana en el centro de México; en medio de una paz, forzada y violenta, instaurada por Porfirio Díaz; los tiempos entre San Luis Potosí y la hacienda de su hermano

Octaviano; los bailes en el Club Social La Lonja, donde conoció al que sería su esposo, Francisco Armida; una realidad tejida por creencias conservadoras, donde Concha, desde niña, no se sentía parte de un mundo que relegaba a la mujer, por ello ella encuentra un refugio en sus libros de santos, los juegos con sus hermanos, el montar a caballo, dar clases [5].

Ella nace en el seno de una familia de clase alta, con una predilección por su padre, Octaviano Cabrera, esto debido a uno de los momentos que la marcaría por el peso que tuvo en su vida, específicamente cuando estaba por nacer, su madre, Clara Arias, tuvo complicaciones en el parto, los doctores le habían dicho a su padre que tendría que elegir entre su esposa y su hija, él decidió a las dos. Este factor es importante para entender su dinámica entorno a su transferencia, las figuras que le reflejaron la figura de su Padre le acompañaron toda la vida, directores espirituales [5].

Al momento de nacer su madre, Clara, no tiene la fortaleza física para alimentarla, sostenerla y darle afecto. Es donde entra una relación sustituta, su nodriza, a hacer el papel nutricional, a darle aquello que su madre no podía por cuestiones de salud. Esta pauta marca su destino, su padre la había elegido, su relación primaria con la madre había sido con una mujer sencilla que trabajaba para la familia, una nana.

Mi madre, muy enferma, no pudo criarme y batalló en mi lactancia. Por fin un día que me estaba muriendo, mandó el médico que violentamente me sacaran fuera de la ciudad, a una hacienda. Entonces de lástima se ofreció la esposa del portero a seguirme criando, dejando su hijito con otra nodriza. Esta mujer me salvó la vida; se llamaba Mauricia, yo la quise mucho, y cuando tuve uso de razón y comprendí lo que le debía, mucho más... Iba yo tan grave en aquel camino, me decía mi madre, que no se atrevía a descubrirme la cara, creyéndome muerta entre sus brazos (15) [5].

EXPERIENCIA DE LO ÍNTIMO

Toda relación es enigmática, es decir, solo dentro de aquellos que aman de aquellos se podría llegar a entender la profundidad de su afecto. No solo como creencia desde su fe católica, si no desde su historia, sus procesos de naturaleza humana y sus puntos

frágiles. Una particularidad que atraviesa la propia, que hace cuerpo a partir del Otro, Otro que buscaba en sí misma para los demás.

Un día, en el confesionario [...] me vi atacada de repente otra vez con que era preciso Hacer lo más perfecto. No sé con qué gracias especiales venían envueltas estas palabras, que penetraron en lo más profundo del alma, y me rendí sin darme cuenta casi, pero con una firmísima voluntad de ir al instante a comenzar un nuevo género de vida, a sacrificarme (6) [6].

No habría Concha si no se estuviera tomando en cuenta el proceso histórico y cultural en el que surge, el discurso dentro de su propia catolicidad que vuelve suyo al tratar de encontrarse. Como una mujer que surgía en medio de un tiempo de incertidumbre para el país y para la misma religión. De Certeau lo explica como un determinante revelador, una experiencia que cimbran la historia, mostrando la evolución de la sociedad, una forma de participación y una sublimación no solo individual, si no también política. “De igual modo, la valorización, y luego la crítica, de la “pobreza” espiritual trae aparejado un desarraigo colectivo que renueva, y después desquicia, toda una sociedad” (48) [7]. Se convierte en una manera de entender una parte de una historia mayor, llena de vínculos, representaciones, cultura, lenguaje. Menciona De Certeau

La historia se desarrolla, pues, allí, en esas fronteras donde una sociedad se une con su pasado y con el acto que lo distingue de él; en las líneas que trazan la figura de una actualidad al separarla de su otro, pero que borran o modifican continuamente el retorno del pasado (53) [7].

Concha, viniendo de una familia y una sociedad, conservadora y pequeña, en San Luis Potosí, discriminadora con la performatividad de la mujer, ella veía la figura masculina como un punto de liberación. La experiencia del cuerpo a lo largo de su historia es una apropiación continua de este, para después convertirse en un espacio de revelación, del sentirse amada y poder amar a través de él. Una forma de acercarse más a aquello que no entendía del todo, pero que le ayudaba a entenderse [5].

El corazón de la experiencia de Conchita es su experiencia mística, no hay sentido sin su experiencia fundante:

¿Qué quieres, Jesús, qué quieres? Escuché bien claro tus preguntas en la Misa y aquí estoy resuelta y decidida a sacrificarte mi voluntad. Seré tuya en donde

quiera que me encuentre. De veras que me echo en tus brazos y vengan penas internas del alma y las contrariedades que gustes de las criaturas. Dame valor, Corazón de Jesús, y en donde quiera tu amor y tu gracia (120) [6].

Michel de Certeau, en la *Encyclopaedia Universalis* (Mystique) menciona que entender la mística es permitir lo que se nombra “una exégesis no religiosa de la religión”. Es decir, más allá de buscar una reafirmación de la validez de la revelación se busca encontrar los elementos que la componen. De esta manera aproximarse a la experiencia mística de Conchita es también entender su experiencia desde su historia, desde su deseo y su entrega [8].

Dentro de la concepción de Certeau, la palabra mística refiere a una operación que se lleva a cabo desde aquello que afecta al sujeto.

Designa una operación a realizar sobre los términos a los que afecta, por ejemplo «rosa», «jardín» o «sentido».” Lo que describiría la experiencia mística como el resultado de dicha operación, desde un modo de hablar “un modus loquendi”, donde el marco religioso se resignifica, apropiándose de dichas experiencias en esas “interiorizaciones espirituales (349) [8].

Concha tiene sentido desde su proceso de subjetivación en función de su ocultamiento, apartada de la normalidad, algo que se mantiene al margen de un país que se centra solamente en el progreso y en la separación de todo aquello que conlleve una introspección, lo que desde la ciencia se deja del lado, cuando tiene un sentido, por el contexto, por su manera de vivirse en el mundo, como madre, como esposa, como fundadora, y también como reflejo de su relación con un Jesús muy suyo [9].

EL CUERPO COMO ESPACIO DE TRANSFORMACIÓN

Concepción Cabrera se constituye desde el cuerpo como un texto legible que permite elucidar su proceso de subjetivación, con especial énfasis en la construcción de los significantes de género. Partiendo desde la infancia, su identificación se orienta hacia lo distinto, evidenciada en una transferencia más intensa hacia sus hermanos, así como en su fascinación por los juegos de santos y la figura sacerdotal, frente a los modelos femeninos disponibles, incluida la feminidad normativa promovida por su madre. Aquí, la inclinación, manifestada incluso en la ocasional adopción de vestimentas de sus

hermanos como refugio en un mundo distinto al del orden establecido, pone de relieve un malestar precoz ante los significantes femeninos impuestos por el orden social. Tal inscripción corporal del conflicto identitario resulta fundante, pues su experiencia mística ulterior no se limita a una dimensión intelectual, la revelación la atraviesa en su integridad, implicando cuerpo, corazón y entrañas, erigiendo la relación como el ámbito privilegiado tanto del encuentro con lo divino como de la reelaboración de su identidad.

En medio de todo este mar de vanidades y fiestas sentía mi alma un deseo vehemente de saber hacer oración. Preguntaba, leía y como podía me ponía en la presencia de Dios, y esto bastaba para que comenzaran a aclarárseme muchas luces de la nada de las cosas de la tierra, de lo vano de la vida, de la hermosura de Dios y mucho amor hacia el Espíritu Santo (14) [9].

En palabras de Conchita, el discurso se convierte en una forma de hacer cuerpo, en el sentido de su representación de sí articulado desde su discurso interno, una búsqueda de ese Otro, que, de alguna manera, anhela, especialmente cuando este se encuentra ausente. Llevando al acto una paradoja, por un lado, vive a partir de exceso que la lleva a la ausencia, a tiempos de quiebre duda o conflicto.

A la par que busca una unión, una vinculación con lo Divino. Es decir, desde su contexto y su infancia, tiene la posibilidad de historizar su propia existencia a través de la revelación que experimenta en distintos momentos de su vida. Una distancia frente a lo determinado para ella, fruto de la presencia de su Padre; Una serie de encuentros, como lo menciona Piera Aulagnier, en su libro *La violencia de la interpretación*, una búsqueda de unidad marcada desde la primera infancia –espacio del pictograma– que funda la capacidad de enunciación del sujeto y el placer de la representación del afecto primordial [10].

Dentro de la construcción subjetiva del cuerpo, la función materna en el infans, descrita por Donald Winnicott, en *Realidad y Juego* es definitiva al estudiar lo corporal como un factor en relación, a partir de la cual, desde el cuidado paulatino, la espontaneidad del hijo, la atenta disposición a las necesidades del hijo, dan la pauta para la adaptación del niño. Donde la satisfacción y gratificación instintiva por parte de su madre, a través de la capacidad de sostener y manejar el cuerpo del infans, le va dando forma y a la par unión al cuerpo [11].

Desde la visión de Lacan, en su *Seminario XX*, el discurso en cada sujeto va más allá de las definiciones que se le puedan atribuir, va en función de conocer las imposibilidades que hay detrás, lo que viene después del encuentro con lo que no se entiende, lo que solo a través de rodeos se puede ir definiendo, en función de lo que se podría llamar un devenir, una interrupción que causa una posibilidad, única. La experiencia de revelación se cuenta solo en la medida en la que se puede articular lo inarticulable. Un goce que está más allá.

La mística no es todo lo que no es la política (...) Uno puede colocarse también del lado del no-todo (...) vislumbran la idea de que debe de haber un goce que esté más allá, Eso se llama un místico (92) [12].

Para Silvia Bleichmar, en *Modos de concebir al otro*, se puede decir que es a través de la presencia de otros en su dimensión humanizante da un sentido más allá de lo biológico, volviéndolo una producción simbólica. Conchita va cambiando a lo largo de su vida junto a personas que la van acompañando, sus directores espirituales, su esposo, sus hijos, las religiosas y religiosos de sus obras. La referencia del cuerpo en sus escritos refleja el proceso de subjetivación a través de la capacidad para simbolizarlo, dando una constante permanencia desde el lenguaje [13].

Mi cuerpo, tiembla, pero mi alma se estremece de alegría [...] Y aquellas angustias y sudores se convierten en unión con Jesús y en gracia para las almas [...] Y las benditas tinieblas cubren mis dolores con sus sombras, y el mundo y las criaturas ignoran lo que los ángeles ven (187) [5].

Las facetas que vive Concha se podrían entender solamente desde un devenir, desde lo que surge, no de lo ya determinado, es decir, un encuentro, una pasión, que da sentido a la palabra expresada, al camino a recorrer al dotar de conciencia, lo que Lacan menciona como “extracción a partir del lenguaje”, es en exposición a la experiencia que puede pasar al discurso, uno que solo encuentra sentido desde el cuerpo, algo que tiene relación con el significante, aquello que lleva a exponerse, a abrirse, a circular [13].

Esta envoltura del cuerpo es para luchar y merecer, pero el alma, este ser inmortal, ¡oh qué primor!, no puede satisfacerse en lo humano, por más que luche, con el amor a las criaturas, en borrar la imagen divina que lleva esculpida en su

mismo ser, ¡imposible!, otro orden de cosas la arrastra. Un más allá la llama constantemente, una voz *interna le grita mil y mil veces: 'no es aquí tu destino, arriba, más arriba (90) [14].*

La forma simbólica del cuerpo ella lo conseguía prácticas ascéticas de Concha, más allá de tomarlas como manifestaciones de un masoquismo, habría que dar espacio a el estudio de su función en su vida psíquica. Entonces la experiencia que tiene entorno a la Espiritualidad de la Cruz, así como la revelación del símbolo que la representa, la Cruz del Apostolado, le dan a entender un sentido que la lleva, a hacer de su cuerpo una Cruz viva, según la experiencia que refiere.

EL GOCE DE CONCEPCIÓN

El goce femenino en Concha se da de forma concreta, por un lado, a través del desprendimiento, se libera de una demanda, se pone del lado. Se da la dicotomía de su existencia, una, la del sufrimiento como sentido de su propia limitación, y, a la par, una certeza de un sentido de entrega total, de ofrenda. Acá el goce se encuentra en la búsqueda de donación. Ya no como algo que no entiende o algo que rechaza, sino como un medio para gozar.

Lacan en su *Seminario XX* sigue hablando de este “no-todo” frente a la paradoja del Deseo Divino. Donde por un lado se inscribe el goce y la ausencia. El no saberse desde una parcialidad, su deseo la lleva a una búsqueda de aquel anhelo “... después de todo, el primer ser del que tenemos ciertamente la sensación es nuestro ser; y todo lo que es para bien de nuestro ser será, por ello, goce del Ser Supremo, es decir, de Dios” [12].

Se va mencionando la precisión de la experiencia mística Lacan en su texto “Gozar tiene la propiedad fundamental de que sea, en suma, el cuerpo de uno el que goza de una parte del cuerpo del Otro. Pero esa parte goza también, lo que place al Otro más o menos, pero el hecho es que no lo deja indiferente.” En el caso de Concha, su experiencia a través de los años se va haciendo más clara, siempre en sentido del Deseo que la guiaba. Es un constante mensaje para interpretar, un paulatino camino para articular ese “no-todo” (33) [12].

En el contexto de Concha, ella refiere así su experiencia dentro de su Cuenta de Conciencia:

¡Gozar en el sufrimiento!, si me parece increíble, yo que siempre le he sacado mil vueltas a pesar de haber puesto en mí Dios cierta inclinación al sufrimiento y oculto. ¡Cómo no extrañar que, de la noche a la mañana, casi de repente, cuando mi alma siente ahogarse en el dolor, en esos mismos instantes casi desesperados, viene una brisa nueva como a transformar el dolor seco y árido en fresco y agradable, con solo la consideración de agradar al Amado! (80) [14].

SABERSE DESEADA DESEANDO

En la historia de Concha, se puede entender su deseo como añoranza, como una manera de evocar esa satisfacción perdida de la infancia. En Concha se puede ver cómo hay de fondo un sentido de pérdida, como si la tensión que surge de la experiencia humana y mística estuviera atravesada por ausencia ante la cual hay que dar una respuesta. Un sentido desde su llamado, a descubrirse en el Amado, a entregarse totalmente, a ser madre y a la par amante.

¡Oh, Jesús, Jesús, Jesús! que me quemas, que me arrastras, que me fascinas, que me enloqueces con tu amor a mí, con mi amor a Ti. Para Ti, auroras, caricias, delicadezas, pétalos, armonías, aromas, azucenas, almas, Oasis, sacerdotes santos. ¡Oh, Jesús, mi encantador y adorado Jesús! Gorrióncito mío, ¿qué haré Contigo?, ¿qué harás conmigo? Y para mí ¿qué? Dame todas tus espinas, tus amarguras y tus dolores, y tus lágrimas que quiero bebérmelas todas. Dame también todo lo que te lastime, te ofenda y te contriste (418) [15].

Desde la postura de Freud, aborda el deseo como una referencia a una experiencia de satisfacción, a través de ella se marca la subjetividad, una experiencia que se busca repetir, generando pasión y anhelo. Si bien la satisfacción es imposible, el deseo se vuelve un motor que articula el presente desde el factor de la historización. Es el regresar a esa marca en la dinámica de la pulsión ligada a un objeto, que en el caso de Concha es la experiencia con sus personas más cercanas, su familia, su esposo, sus hijos, sus directores espirituales [16].

Para Lacan, el deseo es aquel anhelo en el cual se pueda dar el reconocimiento por parte, la manera en la que la llama ese su Otro, aquel que estructura el sentido de la búsqueda insaciable. Ésta se articula en el lenguaje, como una demanda al Otro, para ser amado. Para él el objeto de deseo no es un objeto real, es aquel que evoca el anhelo en la construcción del mundo interno [17].

En la travesía de Conchita encuentra constantemente su falta de ser. Su entrega total, sabiéndose limitada, siguiendo aquella figura del deseo, ese otro, que envuelve, la que al mismo tiempo expone y al mismo tiempo toma todo del sujeto, lo desposee. Es aquí donde la función de la palabra se juega en la creación, como fuerza que potencia, para ir de la vulnerabilidad humana, como don y este como manera de vincularse a un lazo social [18].

Hay una necesidad de ella de poseer lo que es inabarcable, de entregarse totalmente desde su limitación, esto genera dos dinámicas, la primera como experiencia de empatía, es decir, calor, alimento, palabra, y como segundo factor el sentirse mirada. No en un sentido de miedo o escape, sino paradójicamente en un sentido de pertenencia. El sentir la mirada de aquel por quien se sabe amada y al mismo tiempo como alguien que va más allá de su propia Concha [18].

Claro que el alma no pierde de vista su miseria y que se anonada ante quien lo es Todo, pero como quien está segura de a Quién se entrega, se lanza a los brazos de Jesús, y con vergüenza, con pudor espiritual perfecto, se deja hacer de ese Amado único, que, aún crucificado, forma sus delicias (1248) [19].

La dimensión del deseo encuentra forma en la búsqueda desde un factor primordial en su experiencia, la ofrenda, desde su dolor físico en su propio cuerpo, como encuentro con el goce de la vida que anhelaba, la entrega de sí, de unión con Dios. Una forma de repetir el ponerse en camino hacia él, aceptando el sufrimiento como trayecto, pero a través de todo como sentido.

CONCLUSIONES

De manera directa se podría tomar la experiencia mística de Concepción Cabrera de Armida, como un devenir que se palpa, desde un susurro íntimo, que resuena en lo más profundo, una llama que es deseada y deseante a la vez, que ofrece y se ofrece,

un anhelo que no busca certezas, sino la entrega absoluta a Aquel que, habitando desde su centro, desde su silencio, siempre la llamó. Jesús, su Amado, se convierte en el espejo donde Conchita contempla su propia alma, un reflejo que no la completa, sino que la invita a perderse en una donación sin reservas, a encontrarse en la fragilidad de una alteridad que la abraza y la trasciende. Toda de su Jesús, desde sus penitencias, los ayunos y sus mortificaciones corporales, las cuales, lejos de ser un fin en sí mismas, se revelan como susurros de un deseo que se escribe en su piel, un canto callado que, desde el sufrimiento, descubre un goce femenino singular, un goce que florece en la rendición y en la certeza de ser mirada por aquel que la conoce más allá de las palabras.

Es relevante, cómo la vivencia de Conchita desvela una danza sutil entre la falta y la potencia: la carencia que la habita no la condena, sino que la impulsa hacia un deseo que se atreve a lo imposible. Su cuerpo, marcado por la ascesis, se transforma en un lienzo sagrado donde lo pulsional y lo divino se entrelazan, donde la falta deja de ser un abismo para convertirse en el umbral de un encuentro. Su Amado, no es un destino de plenitud, sino el espacio donde Conchita se reconoce en su propia insuficiencia, donde su deseo se abraza a su imposibilidad de colmarse. Así, en la quietud de su entrega, Ella teje un vínculo que une lo humano con lo eterno, un lazo que, en su fragilidad, guarda la promesa de un Amor que no necesita ser dicho, si no, solo encarnado.

BIBLIOGRAFÍA.

- [1] RODULFO, R. (2008). Introducción. La apertura del psicoanálisis al acontecimiento. En Futuro porvenir. Ensayos sobre la actitud psicoanalítica en la clínica de la niñez y adolescencia. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Novedades Educativas. 13-34.
- [2] LÓPEZ, E. (2016). El lenguaje y el otro. Una aproximación a la última enseñanza de Lacan. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Fecha de consulta 17/11/24 Disponible en: <https://www.aacademica.org/000-044/774.pdf>

- [3] CAUSSE, J. (2015). El cuerpo y la experiencia mística. Análisis a la luz de Jacques Lacan y de Michel de Certeau. La Torre Del Virrey: Revista de Estudios Culturales, 17, 139–146. Fecha de consulta 18/11/24. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5738868>
- [4] SICILIA, J. (2002). Concepción Cabrera de Armida: la amante de Cristo. México: Fondo de Cultura Económica.
- [5] CABRERA, C. (1907). Vida. Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús. México.
- [6] CABRERA, C. (1903). Autobiografía, Editorial La Cruz- Jesús María, San Luis Potosí. 2001. (6-8).
- [7] DE CERTEAU, M. (2006). La debilidad de creer. Katz Editores. Fecha de consulta 19/11/24. Disponible en: <https://doi.org/10.2307/j.ctvm7bf8x> (pp. 48).
- [8] DE CERTEAU, M. (1982). La Fable mystique. I. XVIe-XVIIe siècle. Gallimard. 2003.
- [9] CABRERA, C. (1894) Cuenta de Conciencia. Archivo General de los Misioneros del Espíritu Santo. T. 1. 1990.
- [10] AULAGNIER, P. (1975). La violencia de la interpretación. Amorrortu Editores.
- [11] WINNICOTT, D. (2005). Papel del espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño. En Realidad y Juego (pp. 147-155). Barcelona: Gedisa.
- [12] LACAN, J. (1975). Seminario XX: Aún (Encore). Paidós. 1981.
- [13] BLEICHMAR, S. (2004). Modos de concebir al otro. En Revista El Monitor de la Educación. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación. 2005. 34-35.
- [14] CABRERA, C. (1894) Cuenta de Conciencia. Archivo General de los Misioneros del Espíritu Santo. T. 3, México. 1990.
- [15] CABRERA, C. (1910) Cuenta de Conciencia. Archivo General de los Misioneros del Espíritu Santo. T. 7. México.
- [16] FREUD, S. (1913). Tótem y Tabú. O.C. XIII. Buenos Aires: Amorrortu. 1997.
- [17] LACAN, J. (1957-1958). Las formaciones del inconsciente. Seminario 5. Buenos Aires: Paidós. 2005.
- [18] LACAN, J. (1958). Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. en Escritos 1. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

[19] GUTIÉRREZ, J. (1999). Cruz de Jesús, vida mística e itinerario espiritual. T. 1, Editorial La Cruz de Jesús María, México.